

bam  
bú

El  
libro  
azul

LLUÍS PRATS

Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, S. A.

© 2007, Lluís Prats

© 2007, Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

[www.editorialbambu.com](http://www.editorialbambu.com)

[www.bambulector.com](http://www.bambulector.com)

Diseño de la colección: Miquel Puig

Ilustración de cubierta: Miquel Puig

Tercera edición: abril de 2011

ISBN: 978-84-8343-035-4

Depósito legal: M-13.393-2011

*Printed in Spain*

Impreso en Edigrafos, S. A., Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# La biblioteca infantil

Era una tarde de noviembre, fría y gris. El cielo de Barcelona tenía un color ceniciento. Un coche bajó a toda velocidad por el paseo de Gracia y cientos de hojas doradas revolotearon detrás de él. Algunas aterrizaron a los pies de un chico que andaba cabizbajo con una mochila a la espalda.

Tras él andaban un chico alto y una chica rubia de pelo rizado. Los tres estudiaban en el Instituto Jaume Balmes, en la calle Pau Claris esquina con Consell de Cent.

–Leo –dijo la chica con un suspiro–, no debes preocuparte tanto, sólo era un examen...

–Sí –añadió el chico alto intentando sonreír–, sólo era un examen...

El chico alto con pelo en forma de cepillo se había salvado *in extremis*. En su hoja, el profesor de historia había dibujado un precioso cinco.

–Para vosotros es muy sencillo –refunfuñó el chico moreno y bajito dando una patada a una lata de refresco.

Su vida había cambiado desde que el profesor Cuadrado le había entregado el examen. En el folio había dibujado un 2,5 del que nacía una flechita que conducía a una palabra: «Borríco».

Sacó otra vez la cartilla de notas y se la puso delante de los ojos. Al 2,5 en historia se sumaban un 4 en matemáticas y un 3 en naturales, por no hablar del injustísimo 4,7 con que le había calificado Mrs. Hooper en inglés. Juntos sumaban la nada despreciable cantidad de cuatro suspensos. ¡Cuatro!

El de historia no era una novedad; casi podía decirse que sus notas no estaban completas sin un buen suspenso en historia. Los otros tres sí lo eran.

«Bonita manera de empezar el trimestre», pensó. Se imaginó a sí mismo llegando a casa y entregando el boletín de notas a su padre...

El cielo ceniciento terminó de encapotarse y empezó a lloviznar. El chico alto se cubrió la cabeza con la carpeta y la chica abrió su paraguas. Algunos viandantes se refugiaban bajo los escaparates multicolores del paseo.

«El profesor Cuadrado ¡qué fastidio!», se dijo mientras Rita protegía de la lluvia a su amigo.

Leo se volvió hacia ella y le preguntó:

–Oye, Rita, ¿de qué sirve saberse los nombres de personas que vivieron hace siglos? ¿A quién le importa quién derrotó a Napoleón en Waterloo o quién descubrió América? ¡A mí no me importa la vida de gente que lleva muerta quinientos años!

La chica inició una tímida sonrisa y le iba a contestar, pero recordó la última clase de esa tarde. Cuando el profesor Cuadrado había llamado a todos los alumnos y les había entregado el examen sin hacer apenas ningún comentario. A Leo lo había dejado para el final. Cuadrado había enarcado una ceja, se había levantado las gafas hasta la frente y se había reído por la comisura de los labios mientras le entregaba los dos folios.

–Sus-pen-di-do –había dicho en tono fúnebre. Luego se rió y añadió–: Valiente, es cierto que el caballo del Cid Campeador se llamaba Babieca, pero nunca lo cabalgó Ben-Hur y menos en el circuito de Montecarlo.

Toda la clase se había partido de risa a excepción de ella y de Abram, que tuvieron que hacer verdaderos esfuerzos para contenerse, mientras Cuadrado reía de su propia gracia y miraba complacido al auditorio. Leo había regresado a su pupitre manteniendo fija la vista en el examen más rojo que un tomate. Se había sentado entre las carcajadas de sus compañeros.

Rita agarró a Leo del brazo y se refugiaron en el zaguán de una tienda. Lo que había empezado siendo unas gotitas de llovizna iba adquiriendo proporciones considerables. Leo se detuvo frente al escaparate y se vio reflejado. Era un chico moreno; unas pecas rodeaban la pequeña nariz, que sobresalía entre dos enormes ojos, negros como el asfalto mojado. Llevaba el pelo corto. En su barbilla lucía, orgulloso, una cicatriz.

–Leo –dijo Rita.

–¿Mmm... sí? –respondió distraído.

Dejó de mirarse en el cristal y se fijó en los ojos verdes y los rizados cabellos rubios de su mejor amiga. Vestía un raído jersey bermellón y unos vaqueros acampanados. Un macuto de cuero colgaba a su espalda.

–¿Para cuándo es el trabajo? –dijo la chica.

–¡Uf, el trabajo! –rezongó él.

Ya casi se había olvidado. El profesor Cuadrado lo había castigado con hacer un trabajo sobre las conquistas de Alejandro Magno en Persia por su falta de interés. Él apenas sabía quién era Alejandro y no tenía ni idea de dónde estaba Persia. La cosa no prometía mucho.

–Si quieres, podemos ayudarte... –se ofreció Abram secándose el flequillo con la mano.

–No es mala idea –aprobó Rita.

–¿De verdad? –respondió Leo animándose un poco.

La ayuda de Rita podía resultar una solución más que satisfactoria al problema. Sobre todo teniendo en cuenta que, cuando ella hacía un trabajo en grupo, bastaba con firmarlo debajo de su nombre para sacar sobresaliente.

–Por mí, estupendo –respondió–. ¿Qué dices Rita? –le preguntó esperando que ella lo realizaría todo, como siempre.

Dos ojos, verdes como semáforos, lo escudriñaron de arriba abajo.

–Yo te ayudaré, Leo. El trabajo lo haces tú. ¿Vale?

–¡Guay! Tenemos una semana... ¡para hacer un trabajo de más de treinta folios! –suspiró.

–¡Vamos, Leo, no seas trágico, más se perdió en Troya! –dijo ella sonriente.

–¿Qué se perdió? –preguntó Leo.

–¿Dónde? –dijo Abram.

–En... hum... Nada, olvidadlo. ¡Seguidme! –les ordenó la chica.

Rita cerró su paraguas y empezó a correr. Los chicos la siguieron. Atravesaron la plaza Catalunya y continuaron por las Ramblas. De repente, torció a la derecha y se metió por una callejuela angosta y húmeda, llena de comercios y paraguas que destilaban agua de lluvia.

«¿Qué se le habrá perdido aquí?», se preguntó Leo. Siguieron andando por la acera hasta llegar frente a un edificio antiguo, de piedra. La entrada tenía una sólida reja de hierro que daba a un patio. A su izquierda vieron el edificio de la Academia de Ciencias Médicas, frente a ellos otra reja daba acceso a unos jardines. Rita se dirigió a la que quedaba a su derecha. Leo y Abram miraron extrañados la baldosa de piedra:

## BIBLIOTECA DE CATALUNYA

Atravesaron un patio rodeado de arcadas, en cuyo centro había un pozo, y corrieron para atrapar a Rita, que subía por unas escaleras.

–Tendréis que haceros socios de la biblioteca –les dijo cuando la alcanzaron.

–¿So... socios? –Abram pareció contrariado.

–Claro. Si no, ¿cómo podréis consultar los libros y las enciclopedias?

–¿Libros? ¿Enciclopedias? ¡Puaj! –hizo Leo con una mueca.

–¿Qué quieres? –le interrogó ella–. Tenemos... tienes que hacer un trabajito..., ¿recuerdas?

Subieron los últimos peldaños y llegaron al rellano. A su izquierda había una puerta en la que se podía leer: «Dirección». A su derecha, se encontraba una gran puerta giratoria de hojas en aspa. Sus cristales eran translúcidos y se leía *Biblioteca de Catalunya. Fundada en 1907*. Varios lectores, la mayoría estudiantes universitarios, entraban y salían por ella haciéndola girar. Enfrente se encontraron con un mostrador.

–¿Tenéis que depositar algún objeto en el guardarropa? –les preguntó un conserje uniformado de azul.

Los tres negaron con la cabeza. Empujaron la puerta y la hicieron girar apoyándose en el pasamanos dorado. Al otro lado encontraron un amplio vestíbulo rodeado de majestuosas columnas de mármol, que daba a las tres salas de lectura.

–¡Qué silencio! –se extrañó Abram–. No se oye ni una mosca.

–¡Chsssst! –hizo un hombre frente a ellos.

Estaban delante de otro mostrador y de dos conserjes. Después de formalizar los requisitos para hacerse socios, ayudados por Rita y prometiendo que entregarían dos fotografías, Leo y Abram quedaron inscritos en el registro.

–El recinto fue un antiguo hospital construido en época medieval, que se convirtió en biblioteca –les contó Rita mientras se dirigían a la puerta contigua–. La institución tiene tres secciones: la infantil, la de adultos y la de investigadores.



Los dos asintieron.

—¿Y nosotros a cuál vamos?

—A la zona infantil —respondió Rita.

Leo se detuvo frente a la puerta de la sala de los adultos y miró a través del cristal. Era una sala muy grande, gótica, con altas paredes forradas de libros que llegaban hasta los ventanales. Sobre ellos arrancaban unos arcos que sostenían la bóveda del techo. Algunos ventanales tenían vidrieras de colores. La sala estaba sembrada de mesas repletas de lámparas. Alumbraban a los lectores que trabajaban con gruesos volúmenes. Algunos debían ser muy antiguos pues, cuando alguien volvía sus páginas, el polvo brillaba.

Cerca de la entrada había armarios clasificadores con pequeños ficheros. Encima de una mesa había ordenadores para localizar los libros en el catálogo *on-line*.

—Adelante —ordenó Rita.

Leo se volvió y les siguió para entrar en la zona infantil. La sala era semejante a la que había visto, sólo que en ésta bastantes chicos de su edad estaban sentados frente a mesas de vivos colores y realizaban sus tareas escolares en silencio. La sala estaba llena de estanterías con libros, algunos de lomo azul o naranja o verde. Varias escaleras de madera, montadas sobre ruedas, permitían acceder a los estantes superiores.

—Estas escaleras deben funcionar desde 1907, ¿no, Rita?

La sonrisa se congeló en su cara. Rita se volvió hacia ellos muy seria. Al fondo, en un pequeño mostrador y rodeada de libros, se encontraba la bibliotecaria, que tampoco naba libros con un sello de goma. Lo único que se oía en

la sala, llena de cabecitas que leían cuentos y novelas con láminas en color, era el ruido seco del sello.

¡Tomp!... ¡Tomp!

Se acercaron a la mujer para firmar en la hoja de usuarios. Encima de la mesa tenía algunos libros con ilustraciones: *Charlie y la fábrica de chocolate* y *El pequeño vampiro*. La bibliotecaria dejó sobre la mesa otro montón de libros, entre los que destacaba *Harry Potter y el cáliz de fuego*, y les indicó una mesa vacía en la que podían sentarse.

Al ver tanto libro, algo se revolvió en las tripas de Leo. Recordó que le esperaban unas horas de arduo trabajo para hallar información de ese tal Alejandro y de su dichosa expedición a Persia. Descargó sin muchas ganas la cartera encima de la mesa redonda que iba a ocupar con Rita y Abram, resignado a perder toda la tarde.

La bibliotecaria los miró sonriendo a través de sus enormes gafas redondas, para comprobar que se ponían a trabajar. No tendría más de treinta o treinta y cinco años, llevaba el pelo recogido en la nuca y vestía una larga falda azul y un jersey gris de cuello alto. Le pareció guapa.

En la sala reinaba un absoluto silencio, que habían roto los chicos al descargar las mochilas. Leo sacó de su cartera una pequeña libreta, la abrió por su primera página y escribió: «INVESTIGACIÓN SOBRE ALEJANDRO MAGNO», y a continuación: «El rollo de la historia cuadrada...».

Abram sonrió divertido al verlo.

**14** Rita, mientras tanto, se levantó para consultar algo con la bibliotecaria, después cogió el primer volumen de una

enciclopedia que ésta le señaló, se acercó decididamente a Leo y se lo puso encima de la recién estrenada libreta.

–¡Busca! –susurró.

Él la miró sorprendido.

–¿Que busque qué?

Pero ella no hizo ningún comentario y se fue a por más libros. Leo comprendió que debía empezar a abrir sus páginas. Cuando encontró el artículo que hablaba de Alejandro Magno (357–323 a. de C.) empezó a resumirlo.

Un rato después levantó la vista del papel para observar a Abram que, al otro lado de la mesa, le hacía una mueca con los dedos en los ojos y la nariz imitando un cerdito. Le sonrió, pero siguió trabajando; detrás de Abram había un gran cartel que reclamaba «SILENCIO».

Rita se había vuelto a sentar y consultaba un libro que le había prestado la bibliotecaria.

–¿De qué la conoces? –le preguntó él.

–He venido a consultar libros bastantes veces –susurró ella.

Abram se encontraba como un pulpo en un garaje; había cogido unos cómics de la estantería, pero ya estaba har-to de esperar sin hacer nada y se entretuvo fabricando un completo arsenal de bolitas de papel. Tensó la goma elástica de su carpeta, apuntó el primer proyectil y disparó. Erró el tiro por poco y nadie se percató, aunque Leo alzó la vista al notar algo que le rozó la cabeza. Abram disimuló perfectamente, escribiendo en su bloc de notas.

El segundo disparo dio en el blanco.

–¡Cien puntos! –susurró riendo Abram.

Leo lo miró con enfado, pero siguió trabajando.

Al tercer impacto, Leo se decidió a contratacar y preparó su proyectil a escondidas. Rita no sabía nada de lo que se fraguaba porque se había vuelto a levantar para buscar otro libro. Lo vio todo desde la estantería, subida a una escalera de madera.

Abram y Leo apuntaron el uno contra el otro. Leo fue el primero en disparar y acertó. Pero Abram, que forzaba un tiro que le diese la victoria definitiva, no calculó dos cosas: que su fuerza era más de la necesaria y que estaba sentado en línea recta con la bibliotecaria. Rita cerró los ojos cuando el proyectil impactó en las gafas de la mujer.

La joven, sin inmutarse, cogió el papel, se levantó sigilosamente de la silla y se dirigió a la mesa de los dos chicos. Leo, de espaldas, no la vio aproximarse, pero Abram, veloz como un rayo, empaquetó sus cuadernos en la mochila y escapó de la zona infantil. Leo comprendió que algo extraño sucedía e intentó hacer lo mismo, pero una mano lo sujetó por el hombro para que permaneciera en la silla.

«¡Qué fuerza!», pensó él.

–Bueno, bueno –oyó–. Veo que todavía no sabéis comportaros en una biblioteca.

El resto de chicos seguían con mucha atención el suceso desde sus sillas.

–Ha empezado él –replicó Leo, mientras se daba la vuelta.

Rita bajó de la escalera y se aproximó a la mesa.

–Hola, Rita, ¿estos son los dos chicos que venían contigo, verdad?

Leo se quedó estupefacto, ¡la conocía por su nombre!

–Sí. Lo siento..., Oxford –respondió ella avergonzada.

Después de preguntar a Leo su nombre, le estuvo explicando cuáles eran las normas de comportamiento en una biblioteca como aquella.

–Es que es la primera vez que vengo... –se excusó–, y debía hacer urgentemente un trabajo sobre Alejandro Magno.

–¿Sobre Alejandro Magno? Me parece estupendo pero, como comprenderás, debo imponerte un pequeño castigo –pensó por espacio de unos segundos y añadió–: Te quedarás a la hora de cerrar para ayudarme a ordenar los libros.

Luego señaló hacia su mesa donde se encontraba un carrito lleno de libros y Rita alzó los ojos al cielo, eran ya las ocho de la tarde y la biblioteca cerraba a las ocho y media.

–¿Todo eso, señora Oxford? –preguntó Leo.

–*Señorita* Oxford –le corrigió–. Sí, todo –sentenció–. Además son fáciles de colocar en su sitio, la mayoría son clásicos de aventuras, los conocerás bien. ¿Por cierto –añadió– cómo sabes mi nombre?

–Rita acaba de llamarte así...–contestó él–. ¿No es tu nombre?

–No exactamente. Mi nombre es Ana.

–Entonces, ¿por qué te ha llamado Oxford?

–¡Buf! –dijo ella reflexionando unos instantes–. Es una larga historia, pero te la abreviaré. Ya te he dicho que mi verdadero nombre es Ana, pero mi padre tenía la ilusión de que algún día fuera a estudiar a esa universidad inglesa. Estuvo ahorrando muchos años.